

CONTICINIO de Napoleón García

El mar de tarde acunaba sin prisa la barca. El agua salada lamía con calma la pintura desgastada azul del casco. Su rastro quedaba siempre por debajo de la matrícula del puerto, dibujada con letras negras de trazo decidido. En el cielo, el sol caía desde lo más alto sin dejar lugar a las sombras. La única a bordo la daba el sombrero de paja sobre la cara de Jaime, que en una postura a medio camino entre sentado y tumbado, en la popa de la barquichuela, veía pasar las olas con los ojos cerrados bajo la oscuridad del sombrero. En el extremo opuesto, Verónica y Carla, con sendas gafas de sol y cabelleras aclaradas por el cloro intentaban tomar prestados los primeros gramos de sol del verano. En un gesto entre lo torpe y lo sensual, la parte de arriba de sus bañadores había sido conveniente retirada para conseguir un moreno perfecto y miradas entre valientes y cobardes.

Luis, sentado en medio del bote, prefería centrarse en las dos últimas cuerdas de la guitarra que, con bastante acierto, había decidido embarcar. Además del instrumento, la camisa de flores desgastada y las mejillas quemadas terminaban de certificar su look de hippie playero de anuncio de Estrella Damm. De vez en cuando, cuando sus últimos punteos parecían recordar a algo medianamente escuchable, comenzaba a asentir despacio, a punto de entrar en trance. A su lado, Catalina, con los ojos cerrados y disfrutando más de Luis que de la música, le acariciaba la nuca despacio.

Mientras continuaba sucediendo un poco más de nada en la barca, y el silencio solo se rompía por la mezcla de olas, los punteos de Luis y las risas perdidas que llegaban desde la costa, Jaime seguía dando ligeros golpes de timón desde la popa. De vez en cuando, se llevaba muy despacio una mano al ala de su sombrero y lo levantaba la cantidad exacta de milímetros para que sus ojos abandonasen la oscuridad y pudieran encontrarse con la luz de Marina. Justo en frente de Luis y Catalina, ajena al ya de por sí ajeno universo de la barca, los bucles de su pelo eran los únicos que la inexistente brisa conseguía mover, como si esos y

ningún otro fuesen los favoritos del mar. Su mirada quería ir más allá del horizonte. Sus dedos, sin embargo, seguían en la barca, tamborileando en el borde del casco el ritmo de la guitarra de Luis. Jaime no perdía detalle de cada centímetro de su piel, todavía desconocida para el sol. Con una fascinación a la que todavía no había sido capaz de poner nombre, no era capaz de dejar de sonreír.

Y de pronto el sueño se rompe y la luz y la calma y la felicidad se evaporan. La espuma helada de mar en la cara parece hacer salir de su trance a Jaime, y lo trae de vuelta, sin paliativos, al centro de la realidad. Se encuentra a sí mismo en medio de la tormenta más negra, en el mar más afilado. Casi se sorprende al ver como su brazo, envuelto en un chubasquero naranja fosforito, acciona la manivela de la jaula a toda velocidad como si la vida le fuese en ello. Realmente le va.

—¡Joder, Jaime, spabilar coño, spabilar! —la voz de Olof, rugiendo a su lado termina de arrancarle de su ensueño mediterráneo y le abandona en el Mar del Norte. En ese momento, la quilla del pesquero rompe contra una ola y el ejército de marineros vestidos de naranja que van de un lado a otro por la cubierta oxidada del buque parecen flotar unos instantes sobre la tarima en la oscuridad de la noche.

—¡Ya! —grita Jaime en el momento que la jaula, en la que las langostas todavía bailan inquietas llega a la cima de la grúa. Suelta la manivela y, ayudado por los dos polacos que embarcaron en Hamburgo, comienzan a tirar con todas sus fuerzas de las cuerdas atadas a la jaula, hasta que consiguen situarla sobre la boca de la bodega. Tras dejar su contenido, vuelven a catapultarla a las fauces del mar.cae más allá de la zona que iluminan con luz blanca los reflectores de estribor, donde la oscuridad solo la rompe, de vez en cuando, un rayo furioso. Mientras cuenta los ciento veinte segundos que el aparejo tarda en llegar al fondo del océano, repara en que el puño de goma naranja de su chubasquero está bautizado de gotas de sangre aguada. Levanta la palma de la mano, y en ella se dibuja el rastro de la quemadura que la cuerda deja con cada descarga. Recuerda entonces el día en que decidió lanzar sus guantes de faena por la borda. Cuando quedan cincuenta segundos para que la manivela deba volver a comenzar a girar, apoya la palma de la mano herida en el hueco de la barandilla donde más agua salada se acumula, se muerde el labio al sentir el fuego escalando por su antebrazo y vuelve a sumergirse en sus recuerdos de mares en calma.

* * *

Cuando la claridad comenzó a hacerse dueña del cielo y las primeras gaviotas se disponían a poner banda sonora al amanecer, las puertas del bar se abrieron, espoleadas por la carcajada que brotó desde su interior, que durante unos instantes consiguió superponerse al clásico de turno que anunciaba el final de la noche.

Jaime y Marina, dueños de la carcajada y cogidos de la mano, salieron lo mejor que supieron del local y fueron a dar con las mesitas altas que, cubiertas de rocío matutino, presidían la entrada del antro costero. La brisa pareció despejarlos un poco, y hasta la gota de sudor que cubrían la espalda morena como el carbón de Marina, después de seis horas de baile, se evaporó. Jaime dejó también de reír, el silencio se hizo fuerte entre ambos y Marina volvió a dejar que sus ojos se perdiesen en el horizonte, donde faltaba poco para que el sol hiciese acto de presencia. Jaime se perdió en Marina. Después de media eternidad, Marina se volvió hacia él. Lo cogió de la mano, y con una sonrisa peligrosa, tiró de él justo antes de empezar a correr hacia la arena de la playa.

* * *

La cuerda pierde tensión en el momento que la jaula llega al fondo y la manivela, vuelve a girar a toda velocidad. Los músculos del brazo de Jaime se estiran y contraen y la fuerza de su mano contra la manivela hace que la sal penetre aún más en su herida. Antes de que la jaula vuelva a emerger, Marina, desde el fondo del mar, sonrío a Jaime. Él, con el pelo calado de agua salada y las mejillas de lágrima, desde su puesto en la cubierta, le devuelve la sonrisa